

y despues de criado, todo lo dirigió para consecucion de este fin: *Universa propter semetipsum operatus est Dominus* (PROVERB. XVI, 4). Por eso te crió á su imágen y semejanza; por eso te dió un entendimiento capaz de conocerle, una voluntad libre para amarle, y un cuerpo y una alma para gozarle y glorificarle. Oh Señor! exclamaba el santo Job, lleno de admiracion, ¿quién es el hombre, que así le magnificas y le elevas? Conoce pues, oh alma, tu dignidad, no para que te ensoberbezcas con ella, sino para que, adorando la misericordia del Señor con la más profunda veneracion, cumplas con la obligacion de conocerle, amarle y gozarle, que es el fin para que te crió. Desmenecemos para vuestra edificacion una verdad tan maravillosa é importante.

2. Fué criado el hombre para conocer á Dios, dice el grande padre san Agustin: *Ut summum bonum intelligeret*. No puede darse ocupacion más dulce, que conocer en el Criador el sumo bien. Tan fuertemente somos llevados á este conocimiento, si atendemos á la luz de la razon y de la Fé, que en nada podemos poner los ojos del cuerpo y del espíritu, que no distingamos luego aquel sumo y eterno bien de nuestro Dios. Mira la tierra, llena de flores, adornada de plantas, frutos y animales; mira el mar, poblado de innumerables peces de diversos tamaños y figuras; mira el aire, poblado con tanta variedad de aves con diferentes cantos y hermosas plumas; mira los cielos, adornados de estrellas, y verás como te cuentan la gloria de Dios, y todos, á una voz, te confiesan, que son obras de sus manos: *Coeli enarrant gloriam Dei, et opera manuum ejus annuntiat firmamentum* (PSALM. XVIII, 2). Es tan evidente y clara esta razon, que nos vemos precisados á confesar, en fuerza de ella, ó que los cielos y la tierra se hicieron á sí mismos, existiendo ántes de ser, lo que es imposible concebir; ó que hay un primer Sér eterno y soberano, que dió á todas las demás cosas existencia, orden, perfeccion y hermosura. Pues este primer Sér, ó este gran Dios, así naturalmente conocido, es forzoso que prohiba lo malo y disonante á la razon, y que mande lo bueno y conforme á ella; porque, ó no ha de ser Dios perfecto, sino un Dios abominable, como los de la gentilidad, ó ha de mandar lo bueno y prohibir lo malo. Ocupados continuamente en su fin de conocer á Dios, se hicieron los santos invencibles contra todos los poderes del mundo, del demonio y de la carne: alegrábanse y regocijábanse, de que se les presentasen ocasiones de padecer contumelias por el nombre de Jesús; reputaban por delicias á las bestias más feroces, á los instrumentos más crueles, á los tormentos más terribles, en consideracion de la posesion del sumo bien que esperaban: ser-

rábanlos, despedazábanlos, y deshechos repetidas veces sus cuerpos, entre los martirios más crueles, bendecian con serenidad de espíritu al Dios que conocian y adoraban.

¡Oh santo Dios! ¿dónde está ahora la fé de los cristianos? Esta les enseña, que tienen un Dios celosísimo del honor de su templo santo, y que, tomando con su mano omnipotente el azote, supo castigar á los que le profanaban: sin embargo de esta fé, vemos hoy á los cristianos venir al santo templo, y traer á él la abominacion y el escándalo, y cometer muchos pecados con miradas libres, con palabras y acciones indecentes, en el mismo sitio donde se debieran limpiar de sus culpas. La fé les enseña, que tienen un Dios que inquiera, visita y busca la maldad de los padres en los hijos, hasta la tercera y cuarta generacion; y no obstante esta fé, cada dia los padres más descuidados en instruir á sus hijos, pasando tan adelante la locura de las madres, que ellas mismas engalanan ó mandan ataviar á sus hijas, para que se presenten en el baile, en la comedia, en la visita ó en el paseo con un cortejo al lado, que es causa de su condenacion y escándalo de los demás. La fé les enseña, que tienen un Dios que mide con la misma vara que medimos, y que no perdonará en la muerte al que no perdonare á su enemigo en la vida; y sin embargo de esta fé, arden los odios, las enemistades, las venganzas, hasta perpetuarse en las familias el odio y contrariedad. ¿Es esto, señores, ocuparse en el fin para que Dios nos crió? ¿es esto conocer á Dios con la razon y la fé? ¡Ah! infelices de vosotros, que esta misma fé y esta misma razon que ahora os alumbran y llevan hácia Dios, esas mismas os apartarán de él, convenciéndoos en su tremendo tribunal por toda la eternidad.

Mas, no solo fué criado el hombre para emplearse en el conocimiento del sumo Bien, sino para amar el Bien sumo que conoce: *Intelligendo amaret*; para que amase á Dios más que á todas las cosas, fué criado el hombre; no para que amase todas las cosas más que á Dios. Pero ¡oh dolor! que naciendo el hombre para un fin tan noble y excelente, no ama á Dios, sino al pecado; no á la bondad, sino á la vanidad.

¡Hombre! exclama santo Tomás de Villanueva, mira á los brutos, que ellos te enseñarán á amar: *Docebunt te amorem*. Diles á los peces, ¿por qué aman las aguas, y no hay quien sin violencia los pueda sacar de ellas? Pregunta á las aves, ¿por qué aman el aire, sin que haya quien las pueda arrojar de sus senos? Diles á los ganados, ¿por qué pastan con tanto gusto las yerbas de los campos? Pregunta hasta á los insensibles: dile al fuego, por qué sube; á la piedra,

por qué baja; al agua, por qué corre; al árbol, por qué florece; á la tierra, por qué produce. Todos te responderán que aman estas cosas, como á fin para que Dios las crió. ¿Pues, cómo tú, criado para andar en las llamas del amor divino, como el pez en las aguas, como el ave en los vientos, como el fuego en su esfera y como el agua en su centro; no amas á esta bondad que te crió? *Obtupescite, coeli, super hoc, et portæ ejus desolamini vehementer, dicit Dominus* (JEREM. II, 12). Asombraos, cielos, y despedazaos, puertas eternas, dice el Señor, porque mi pueblo tan querido, por quien bajé del cielo á la tierra, por quien padecí la muerte en una afrentosa cruz, entre exquisitos tormentos; este, este mismo pueblo, tan favorecido, me ha dejado; y siendo yo la fuente de las aguas vivas, él se anda buscando las cisternas rotas y disipadas, que no pueden contener el agua de consolacion y refrigerio de su espíritu, que solo puede encontrarla en conocerme y amarme.

Pero, no solo crió Dios al hombre, como habeis visto, para que le conociese, y conociéndole, le amase, sino tambien para que, amando, le gozase: *Et amando fruere tur*. Si alguna vez llegasen los hombres á conocer las miserias de la vida, lo breve de su duracion, lo contingente de su salud, lo infalible y necesario de su muerte, seria imposible que se detuvieran á gozar los bienes de la tierra; usarian de este mundo, como dice san Pablo, como si de él no usáran, y se verian precisados á confesar, que no tenian aquí ciudad permanente ni segura: *Non enim habemus hic manentem civitatem, sed futuram inquirimus* (HEBR. XIII, 14). Buscamos, dirian con san Pablo, la ciudad eterna de la gloria, en la cual pensamos gozar de Dios para siempre. Así precisamente discurririan los que obrasen segun la razon y la Fé; pero siendo, como dice la Escritura, infinito el número de los necios, no debemos admirarnos que, tantos como hay en el mundo, desatinen en su ignorancia. Yo me alegraria poder convenceros de ella con este simil, verdaderamente significativo de mi pensamiento: si viéramos á un niño, hijo de un rey muy poderoso, estar empleado con otros de su edad en coger puñados de tierra, y, con mucho gusto, entretenerse, haciendo casitas con pequeños palos, débiles cañas y denegrido lodo, ¿qué diriamos? Que era falta de capacidad y conocimiento, pues, habiendo nacido para habitar en un palacio magnifico, para mandar los pueblos, ceñirse la corona, y gozarse con el rey su padre, estaba simplemente alegrándose con el cieno y con el polvo. ¿Pues, qué otra cosa hace el hombre, habiendo sido criado para gozarse en los palacios eternos de la gloria, para mandar á todos los apetitos y pasiones, y ver cara á cara el rey de los siglos,

su padre, su Dios, su criador? ¿Qué otra cosa hace, cuando se goza en los aparentes bienes de la tierra, sino, á manera de niño, estarse entretenido con puñados de tierra, y con débiles y frágiles cañas de apoyos humanos, que las consume el tiempo, y las acaba la muerte? ¿Quién no admirará más la ignorancia del hombre que la del niño? Dime, hombre, ¿qué puedes gozar en este mundo, donde todo es miseria, en comparacion de lo que Dios te ha prometido en el otro, que todo es gloria? Aquí tienes un cuerpo corruptible; allí será incorruptible: aquí tienes un cuerpo sujeto á enfermedades, penas, dolores y muerte, lleno de inmundicia, pesado y débil; allí tendrás un cuerpo resplandeciente como el sol, exento de dolencias, libre de achaques, de dolores y de muerte, y más ligero que el viento: aquí tienes un cuerpo, á quien el calor le abrasa, el frio le hiela, el tiempo le consume y la enfermedad le acaba; un cuerpo capaz de ser herido y molestado por los más despreciables gusanillos é inmundas sabandijas de la tierra; allí será tu cuerpo incapaz de ser herido por todas las espadas y lanzas del mundo; será un cuerpo inmortal, un cuerpo para quien se pasaron los hielos, las nieves, las escarchas; un cuerpo que no necesitará comida por toda la eternidad, manteniéndose en toda ella hermoso, robusto y sano. Allí estará el cuerpo adornado de los cuatro dotes de gloria, sutileza, agilidad, impassibilidad y claridad, con los que brillará majestuosamente más que el sol: la vista se recreará mirando la ciudad del Omnipotente en el esplendor de sus príncipes y vistosísimas libreas de sus cortesanos; verá las puras vírgenes, los celosos confesores, los fuertes mártires con sus laureolas y coronas diferentes; verá á María santísima, hermosura de los cielos, alegría de los ángeles, y gozo admirable de todos los bienaventurados; verá á Jesucristo en la majestad de su gloria, con tan inexplicable belleza, que excede al alcance de los más encumbrados serafines. Allí el oido, que aquí se mortificó por amor de Dios, se gozará en una suspension ternísima con las músicas, cánticos y alabanzas eternas, siempre nuevas, siempre admirables y siempre gustosísimas; el olfato se apacentará con las azucenas, bálsamos, perfumes y fragancias que produce aquel paraíso, que respiran los cuerpos gloriosos, y en que están inundados todos los cortesanos del cielo: el gusto se paladeará y saboreará, saciándose sin fastidio con otro maná, que nadie le sabe conocer ni estimar, sino quien le gusta: el tacto y todo el cuerpo se anegará en un mar de suavidades inefables, que, penetrando hasta lo íntimo de los huesos, los recreará en delicias, cuanto los afligieron las penalidades y mortificaciones.

¿Pues qué será ver á Dios, conocerle, gozarle y poseerle, como es

en sí? ¿qué será ver aquella dulcísima hermosura, que, infinitamente bella, encierra en sí todas las perfecciones, que exceden al sentido y al deseo? ¿aquella hermosura, digo, de mi Dios, que es perfecta sin deformidad, agradable sin sospecha, deleitable sin igual? ¿Qué será ver á un Dios inestimable en sabiduría; en bondad, sin medida; en potencia, sin término; en sér, eterno, infinito, inmenso; en grandeza, incomparable; en majestad, inaccesible; en consejos, inexcrutable; en pensamientos, secretísimo; en palabras, verdadero; en promesas, fidelísimo; en obras, santo; en misericordias, rico; y en justicia, recto? ¿Qué será ver á un Dios hermosísimo y poderosísimo, á quien ni lo triste turba, ni lo alegre altera, ni la abundancia llena, ni la necesidad mengua, ni lo que fué le pasó, ni lo futuro le sucede, ni en la sabiduría se engaña, ni en la voluntad se muda? ¿Qué será ver á este Dios, uno en esencia, trino en personas, y verle cara á cara, conocerle como él es, y gozarle para siempre, para siempre, para siempre? Será quedar el alma más unida con su Dios, que la luz con el aire, que el fuego con el hierro ardiendo, y que el alma con el cuerpo. Será quedar el alma endiosada, saciada, embriagada en la fruición de su último fin y bienaventuranza eterna.

Este es, cristianos míos muy amados, el último fin para que Dios nos crió; este es el grande premio que nos tiene guardado, si ahora cumplimos con su santa y divina ley. Si nos empleamos aquí en la tierra en conocerle y amarle sobre todas las cosas, como á nuestro criador, como á nuestro conservador y como á nuestro salvador; el mismo Dios será despues nuestro glorificador allá en el cielo. Al cielo pues, amados míos, al cielo, con nuestros pensamientos, con nuestros deseos, nuestras palabras y nuestras obras; al cielo, con nuestros suspiros, nuestras lágrimas y nuestras peticiones; al cielo, con todo nuestro corazon y nuestra alma. Pero ¡ay! que esta ciencia de Dios no se conoce en la tierra, esta continúa ocupacion de los justos es poco practicada de nosotros. La tierra, hijos míos, la tierra, con sus bienes momentáneos, nos arrastra; la tierra, con sus deleites emponzoñados, nos atosiga; la tierra, con sus encantos, nos alucina y hace perder la justa atencion á aquellos bienes eternos, á aquellos deleites puros, y á aquella vida verdadera: *Egredere ergo de terra tua, et de cognatione tua* (GENES. XXII, 1). Es necesario, señores, abandonar para siempre esta tierra; es preciso separarnos de sus máximas, de sus costumbres y estilos; es forzoso velar y orar; dejar todos los vicios, ser humildes, modestos, mansos, obedientes, officiosos y caritativos: es necesario frecuentar los santos Sacramentos, mortificar las pasiones, domar los apetitos, y llevar sobre nuestros hombros el suave

yugo de la ley santísima de Dios. Así es como obtendremos el premio, y alcanzaremos nuestro último fin: así es como llegaremos á ver cara á cara á nuestro Criador; y viéndole, seremos perfectamente felices, que es lo que os deseo.

HOMBRE.

(SU ÚLTIMO FIN.)

III.

Ego sum principium, et finis.
Yo soy el principio, y el fin.

(APOC. I, 8.)

En el orden moral, amados hermanos míos, la cuestion del fin de un sér criado domina á todas las demás. Si no hubiera solucion para esta cuestion, serian inexplicables la vida, las acciones; y se tendria razon en decir: el hombre es una continúa agitacion entre dos misterios.

Investiguemos, pues, cuál es nuestro último fin: en la indagacion de este misterio procederemos así: daremos por sentado, que el hombre es propiedad de Dios; y expondremos, bajo de este respecto, lo que debe á Dios; y, en segundo lugar, examinaremos lo que puede empeñarlo á llenar sus grandes y altos deberes de divina propiedad. A. M.

1. El hombre es propiedad de Dios. Apareciéndose el Señor á Job, en medio de un majestuoso y pacífico torbellino, exclamaba: «¿Dónde estabas tú, cuando echaba yo los fundamentos del mundo?» No tengo necesidad de dirigiros semejante pregunta; no tengo necesidad de haceros subir hasta el origen de los siglos para embarazaros con la cuestion de lo pasado, en lo que os concierna; puedo contentarme con deciros: «¿Qué era de vosotros, hace un siglo; en dónde estabais? Voy buscándoos por el mundo, y no os encuentro. Yo en-

cuentro, sí, la tierra que os mantiene, el sol que os alumbra, la familia de que habeis nacido, el nombre que os distingue y os señala en medio de los hombres.. Pero á vosotros mismos... no os encuentro.»

Ni nadie pensaba entónces en vosotros; no erais entónces objeto de los deseos ni de la predileccion de nadie; porque ¿quién se pone á amar y á desear los hombres que nacerán de aquí á un siglo? ¿Cuántos y cuántos años se han transcurrido, durante los cuales, un átomo era más que vosotros, porque, al fin, este átomo tenia una existencia? Y sin embargo, teneis ahora un cuerpo con su sangre, un alma con sus potencias, una inteligencia con sus facultades, un corazon con sus afectos. ¿De dónde, pues, os vienen esas prerogativas, de dónde ese beneficio inestimable de la vida? ¿De dónde os viene el sér que poseeis, quién os lo ha dado? ¿Vosotros mismos? Pero no, pues que no érais nada, y la nada, nada puede hacer ni influir. ¿La casualidad, el azar? No quiero haceros reir, y no pronuncio más esa palabra vacía de sentido.

¿Vuestros padres? ¡Ah hermanos míos! preguntad á vuestro padre á vuestra madre, y os responderán como la madre de los Macabeos: *Neque ego spiritum et animam dovavi vobis*: «No soy yo quien os dado, hijos míos, el espíritu y la vida, sino el Criador del mundo.» (II MACCH. VII, 22). ¿Vuestros padres? ¿Pero no veis que no hacemos sino retrasar la dificultad, sin resolverla? Sí; vuestros padres os han dado la vida; luego la tienen en toda su plenitud; luego no la han recibido de ningun otro, de nadie.

Y sin embargo, vosotros vais ascendiendo en la série de vuestros antepasados, hasta que llegueis al primer eslabon de la cadena de los séres, hasta que se diga de vosotros lo que se ha dicho de nuestro Señor Jesucristo, segun su santa humanidad: *Qui fuit Adam, qui fuit Dei*. «El cual era hijo de Adan, hijo de Dios.» (Luc. III, 38). Nada podemos decir nosotros de justo ni de razonable hasta que lleguemos á esta primera causa, hasta que nos expresemos con esta franca é ingénua afirmacion: «Yo soy de Dios.»

Pero concluyamos, hermanos míos; vosotros lo confesais: sois de Dios. Luego le perteneceis vosotros; es una consecuencia necesaria. Pero ¿cómo perteneceis á Dios? ¿Como el esclávo pertenece á su señor? Sí. Más aún que eso; ¿como el hijo pertenece á su padre? Sí. Pero todavía más que eso: ¿como la propiedad pertenece á su propietario? Sí; y aún veremos todavía más... Pero no, detengámonos: como la propiedad pertenece al propietario suyo, como la hacienda á su señor. Nada hay más sagrado que la propiedad, y para haceros

cargo de esta verdad, tened á bien tome yo en mis manos el código de vuestras leyes.

No sé yo si habreis abierto jamás el código para estudiar en él los derechos de Dios: quizás habreis hojeado muy frecuentemente muchas páginas para justificar en el código vuestros derechos; mas, para hacer ver los de Dios, no creo hayais tomado ese trabajo; pero lo haremos ahora juntos. Llegamos, hojeando, al capítulo de la propiedad: «Es, dice la ley, el derecho de disponer de las cosas suyas del modo más absoluto.» El propietario, respecto de sus bienes, puede remover, puede cambiar, puede trastornar, puede hasta destruir: á todas estas cuestiones, que le fueran hechas por ventura, el propietario podrá responder: y ¿qué os importa? Yo soy el dueño. El Señor, pues, puede cambiar, trastornar, destruir; y á todas las preguntas que le fueren hechas, puede responder: «Yo soy el dueño.»

Pero todavía hay más. ¿Por qué títulos sois propietarios vosotros? Lo sois ó por donacion entre vivos, ó por testamento; podeis ser propietarios por derecho de compra, podeis serlo por las sucesiones ordinarias. Pero el Señor, ¡ah! el Señor es propietario de una manera y por un derecho incommunicable; es decir, que todo me lo ha dado Dios, todo, sí, todo; la materia, la forma, los accidentes, la sustancia. Y así solo él es propietario esencial. No es esencial que vosotros lo seais; otro cualquiera podria serlo en vuestro lugar legitimamente por las vias legales y justas, sin que se encontrase por ello trastornado el órden de las cosas. Pero cese Dios de ser un solo instante propietario de mí, de mi sustancia, de mi sér, de mi yo; y fuerza es que yo cese de reconocerlo por mi Dios.

Pero ¿os habeis hecho cargo de lo que es Dios? Dios es el soberano Señor de todas las cosas: ahora bien; si dejase Dios de ser el propietario de mi vida, habria una cosa; qué separada de su dominio, que tiene que ser universal, que tiene que ser entero, no seria, por consiguiente, Dios propietario esencial, propietario supremo.

Mas llevo ya, conducido por la fuerza misma del razonamiento, á una palabra que intento desenvolver, y que tal vez os sorprenderá: propietario *irresistible*. Sí, hermanos míos, es imposible sustraeros á la propiedad divina: es una necesidad á la que es preciso sujetarse. Puede sustraerse uno á la propiedad de un hombre, á sus derechos sobre otro, por la independenciam, tal vez por la fuga: pero ¿cómo sustraerse á la propiedad de Dios? Cierta número de hombres, por ejemplo, proclamando el espíritu de independenciam y de libertad, han dicho: nosotros seremos nuestros mismos señores; no reconocemos

dominio sobre nosotros. Y, sin embargo, el dominio de Dios se paseaba en las alturas sobre sus cabezas; la dominacion divina les iba siguiendo en su marcha, en medio mismo de todas sus acciones libres, de sus pensamientos de rebeldía é independencia.

Es imposible, absolutamente imposible sustraerse á esa divina propiedad. ¡Ah, hermanos míos! El jóven levanta muy fácilmente su erguida cerviz, su cabeza altanera, escucha los pensamientos de su corazon, que lo separan pronto de Dios. Pero semejante á esas bestias feroces, traídas de las selvas lejanas al parque de un príncipe, y que no viendo el muro que rodea su ancha prision, se creen en libertad, y no saben que en los días de caza les herirá la bala mortal hasta en sus más secretas guaridas, muy bien conocidas por el diestro cazador; no de otro modo se creen los jóvenes señores de sí mismos, sin considerar que están encerrados en el parque de la omnipotencia de Dios. Ellos están léjos de Dios por el pensamiento, por sus deseos, por sus intenciones; mas Dios está muy cerca de ellos por su dominio. Quisieran escaparse, mas no pueden. Divisan á veces la cerca que los tiene encerrados; dícense: «Al otro lado se encuentra la libertad,» y hacen esfuerzos para saltarla... Pero en lo alto de la cerca está la mano de Dios; y cuando suben arriba, se ven obligados de volver á caer en su miseria é ignorancia. Si levantan la cabeza, es para exclamar: Señor, vous sois nuestro dueño, vos solo sois el grande por toda la tierra.

Queda pues sentado ese dominio esencial, ese dominio supremo, ese dominio irresistible: luego Dios es propietario de nuestra vida. ¿Qué podremos añadir á esta consideracion, amados hermanos míos? ¡Respetad, pues, la propiedad divina! Yo os lo conjuro, desde lo alto de esta cátedra, con toda la autoridad que nos ha sido otorgada! ¡Respetad la propiedad divina! Oyendo estoy por todas partes en el mundo á hombres que dicen: ¡respeto á la propiedad, respeto á las leyes del país! Lo mismo digo yo. Pero no oigo á muchos hombres que vayan diciendo: ¡respeto á la propiedad de Dios! Y ved precisamente la verdad, que yo quisiera oír sobre todas las demás verdades. La propiedad de Dios es la clavija artística de toda propiedad. Si se desconoce ese molde, esa divina clavija modeladora, todas las propiedades están comprometidas, todas, sin excepcion alguna, en todos los grados de la jerarquía social...

2. Veamos, pues, ahora, amados hermanos míos, hasta donde se extienden esos deberes que nos impone la propiedad divina. Poco há, teníamos el código en las manos; llevad á bien que lo volvamos á tomar. «La propiedad de una cosa, se dice en él, da derecho á todo

lo que produce sin excepcion.» Por consiguiente, la propiedad de nuestro sér da derecho á todo lo que viene de nosotros, un derecho entero, un derecho inenagenable, un derecho universal.

Yo soy de Dios; luego yo pertenezco á Dios, luego soy para Dios. Mas yo soy de Dios solo; luego yo no debo servir sino á solo Dios. Yo no soy del mundo, yo no soy de la fortuna, yo no soy del placer, yo no soy de las pasiones. Yo soy de Dios solo; solo á Dios debo tributar homenaje, respeto, adoracion, y todo eso con todo mi ser y facultades.

Aún hay más. Yo soy todo de Dios; luego todo en mí ha de servir á Dios sin excepcion alguna: espíritu, corazon, voluntad, cuerpo, sentidos, todo mi sér entero. Nada debo, nada puedo sustraer á este Sér divino. Siempre soy yo de Dios; luego siempre he de servir yo á Dios. Yo no puedo quitar nada del tiempo, como nada puedo quitar de mi sér. Todo esto es lógico, necesario, verdadero. ¡Qué consecuencias, hermanos míos!

¿No estais viendo en estas conclusiones como teneis en gérmen á toda la religion? Y, desde luego, el primer mandamiento de la religion nos dice: «Amarás al Señor tu Dios, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, con todo tu corazon.» ¿Y no es esto una consecuencia legitima, necesaria de las premisas: yo soy de solo Dios, yo no pertenezco sino á Dios; yo soy todo de Dios; luego soy todo para Dios; soy siempre de Dios, luego siempre he de servir á Dios? ¿No veis vosotros en estas premisas, con sus conclusiones, las más sublimes y grandes bellezas de la perfeccion religiosa?

Así es, que os habreis preguntado algunas veces, amados hermanos míos, ¿por qué se hacen votos religiosos en la Iglesia? Esos votos y promesas se encuentran todos como en su gérmen en esas tres conclusiones de la razon: Soy de Dios solo; luego pertenezco á solo Dios; pero tengo miedo de servirle, á causa de las tendencias de mi corazon, de los deseos que experimento en mi naturaleza: temo no sirva al mismo tiempo á las riquezas, á los bienes de este mundo; temo no hagan sobrada violencia las inclinaciones de mi sensualidad. Pues bien; para evitar este escollo, y para ser más concluyente con mi razon, me separo de todo. Hago voto de pobreza: ¿lo entendeis bien?

Todo en mí ha de servir á Dios; mas á fin de que mi corazon le sirva más perfecta y cumplidamente, yo lo separo de los placeres todos, aún hasta de los permitidos de que podria gozar en un estado que el Señor aprueba: Yo hago voto de castidad.

Pero, de otro lado, yo temo muy fundamente á mi voluntad vaci-

lante, veleidosa, incierta, sujeta á tantas variaciones, á tantas flaquezas: yo quiero consagrarla al Señor sin reserva, sin division, por medio de una obediencia sin límites, sin coartacion.

Cosa asombrosa, hermanos míos; nosotros encontramos en una de las extremidades de la cadena cristiana ese gran mandamiento: « Amarás á tu Dios con toda tu alma, con todo tu corazón, con todas tus potencias; » y en el otro extremo, este hermoso consejo: « Ven á mí, si tienes bastante valor, por medio de la observancia de los sagrados votos de la religion, en la consagracion de la pobreza, castidad y obediencia. »

Ahora bien; en el estudio del fin del hombre encontramos ya la preparacion á este mandamiento, y ya podemos entrever el acierto, sensatez y belleza de ese consejo. Nada hay en efecto más justo ni razonable. Sí, amados hermanos míos, esto está muy puesto en razon.

Aún cuando no hubiera infierno, aún cuando no hubiera cielo, sin escudriñar ninguna cuestion de fé, y aún deteniéndonos en el solo dominio de la razon, hallamos nosotros toda la sensatez y todo el acierto de todas esas conclusiones; nada más consiguiente á la razon, nada más noble, nada más grande. Menester es, que sirva á alguien en la tierra: yo conozco evidentemente, que mi felicidad no consiste en mí mismo, no está dentro de mí, que mi naturaleza no está completada, que está manca, falta de mucho: menester es, que algo más grande que yo, más completo, más acabado que yo, se añada á mí, venga, en cierto modo, á hacerse una cosa conmigo, se asimile á mí mismo, y haga así perfecta mi felicidad. Yo debo, por consiguiente, existir en estado de servidumbre, y no es posible que yo sea perfectamente independiente.

En tal coyuntura, en tal necesidad de dependencia, yo escojo. Puedo escoger entre las criaturas y Dios, optar por aquéllas ó por éste; servir al mundo, servir á mis pasiones, servir á los abismos, ó bien servir á Dios. Pues bien; todo pensado y pesado, yo escojo por mi dueño á nuestro Señor Dios. Nada más noble: yo sirvo á Dios, y no he de servir sino á él solo.

¿Habeis entendido, amados hermanos míos, cómo un hombre se inclinaba ante otro hombre, y cómo estaba dispuesto á hacer todas sus voluntades, todos sus gustos? Él oye que se le dice: vé allí; y va: vuelve; y vuelve. Por lo que á mí toca, no he podido hacerme cargo, hasta ahora, de cómo un hombre se abaja ante otro. Como hombre, igualdad perfecta: por consiguiente, como hombre, delante de otro yo, puedo quedarme de pié derecho, y levantarme tanto como él: no bajo mi cabeza ante quien quiera que sea. Veo que me

mirais, hermanos míos, y que me decís: pero ¿qué doctrina! ¿qué consecuencias no trae consigo? Esperad, os ruego.

Yo no sirvo al hombre; no me inclino ante el hombre; pero yo reconozco la autoridad de Dios. Yo no me inclino sino ante Dios; pero siempre que yo leeré su autoridad en la frente de un hombre, aún cuando yo la viere escrita en la frente de un niño, me inclinaré gustoso ante este hombre, este niño. Y así, cuando yo veo los caracteres de su autoridad inscritos en una autoridad espiritual, en una autoridad temporal, en todos los grados de esta doble jerarquía, me inclino, doblo mi cerviz, protesto mi sumision; yo no examino, sino que obedezco inmediatamente. Yo obedezco entónces con toda la nobleza, con toda la altura, yo diria con toda la independencia de mi obediencia.

Desde entónces, por su obediencia misma, el servidor se ennoblece; sometiéndose á su señor, se somete á Dios, ó más bien, no se somete sino á Dios, cuando se somete al hombre, cumpliendo con los deberes de su estado. No vino Dios á trocar las condiciones, sino las almas. Ha encontrado, pues, medio de salvar la nobleza del hombre, manteniendo y conservando en su punto esta subordinacion, esta armonía de clases y condiciones, esa mútua correspondencia de superior á súbdito, de liberalidad y reconocimiento, de necesidad y recurso. Por lo que, esta conclusion lleva consigo la nobleza y la independencia más hermosa del hombre, y, al propio tiempo, las condiciones más verdaderas de su felicidad. ¡ Oh! sí, amados hermanos míos; aquí ansiára yo, que hubieseis podido gustar lo que es servir á Dios: ¡ servir á Dios es reinar! *Servire Deo regnare est!* El servicio en el cielo será la felicidad suprema; y Dios ha querido, que lo que un dia habia de constituir nuestra dicha, fuese nuestro deber en la tierra.

Si nos concentramos dentro de nosotros mismos, como también, si extendemos nuestras miradas por la creacion universal, todo, todo nos repite estas conclusiones: somos la propiedad de Dios solo, somos siempre de él, siempre le pertenecemos; luego, en todo tiempo, lugar y circunstancia estamos obligados á servirle, y no debemos servir sino á él solo.

¡ Ah, católicos! ¡ Cuán cierto es, que nuestro corazón está hecho para Dios! El Señor ha creado un vasto abismo para recibir esa muchedumbre de aguas, ha creado esa inmensa extension de los cielos para contener las estrellas; pero él ha creado nuestro corazón para algo más grande que el mundo, y no lo ha creado sino para solo él. Estamos nosotros en la incertidumbre, nos hallamos agitados de continuo, hasta que nuestro corazón descansa en Dios. ¿Quién, durante su estancia en la tierra, ha podido hallar jamás su dicha en las cria-